

EL TRONO APOCALIPTICO

Apocalipsis 4

Ahora llegamos a la parte estrictamente profética del libro de Apocalipsis. Las siete iglesias forman juntamente lo que el Espíritu Santo llama “*las cosas que son*”. Y el Hijo del hombre fue visto juzgando la casa de Dios sobre la tierra, representada por las iglesias asiáticas. Éstas existían en el tiempo de Juan; y al menos en una forma mística, ellas tienen una existencia continua, y hasta cierta extensión son sucesivas, mientras hay algún testimonio dado por el cuerpo profesante sobre la tierra. Si la aplicación literal ha pasado, el alcance prolongado de ellas aún está vigente. En Apoc.1:19 se nos dice que, además de “*las cosas que tú has visto*” y “*las cosas que son*”, tenemos una tercera división — “*las cosas que han de ser **después** de éstas*”. La palabra “después” es vaga, considerando que el sentido propuesto parece ser preciso: debiese leerse “*las cosas que serán después de éstas*”, significando lo que ha de seguir después que la iglesia ha llegado al final de su curso sobre la tierra. Su actual historia termina aquí, aunque ella tendrá una mejor existencia en el cielo, y ella reinará sobre la tierra también en el día de gloria milenial. Entonces llegamos a una porción completamente profética. Apocalipsis 4 y 5 son una forma de prefacio a las “*cosas que serán después de éstas*”. Su gran objeto es mostrarnos, no eventos ocurriendo sobre la tierra, sino la actitud o aspecto en que Dios aparece, y el lugar de aquellos que están más cerca de Él, durante la ocurrencia de estos eventos futuros, o crisis de la presente edad. Debo, por tanto, detenerme un poco sobre el primero de estos capítulos.

“*Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo*” (4:1). La “primera voz” aquí no significa la primera de las voces que estaban a punto de hablar, como algunos extrañamente han pensado, sino la voz que Juan ya había escuchado en Apoc.1 —la voz de Aquel que había estado en medio de los siete candeleros de oro. Ésta aún se dirige a él con voz como de trompeta, ahora no más desde la tierra sino del cielo. Había una puerta allí, y la voz que hablaba desde allí, de manera que esta porción del libro supone la tierra, los tratos actuales con ella, terminados por el momento, y la escena está arriba. No es solamente que los santos dan testimonio sobre la tierra, sino que la voz habla del cielo, mostrando las cosas que seguirían a la condición de iglesia sobre la tierra concluida. “*Sube hasta acá, y te mostraré las cosas que sucederán después de éstas*” inmediatamente se dice que Juan estaba en el Espíritu (v.2); es decir, que por el poder del Espíritu Santo él fue arrebatado y caracterizado, de manera a entrar en las nuevas escenas que debía ahora de contemplar.

“Y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, Uno sentado”, etc. Dios no es nombrado en tal relato, salvo como Aquel que estaba “sentado sobre el trono”. Juan está a punto de mostrarnos el aspecto y apariencia de Aquel que estaba sentado sobre el trono, mientras en Dios está aquello que “ningún hombre ha visto ni puede ver. Ésta es una representación, en una forma simbólica, de la gloria de Dios. Él puede asumir cualquiera apariencia que le agrade; pero en lo que aquí se permite desplegar, vemos aquello que podía ser comparado a estas piedras preciosas”. En Apoc.21 la novia, la Nueva Jerusalén, desciende *“del cielo de Dios, teniendo la gloria de Dios; su luz semejante a una piedra muy preciosa como una piedra de jaspe”*, etc. Es completamente evidente que ésta no puede ser la gloria esencial de Dios. Ésta más bien significa, pienso, que no era humana sino una gloria Divina. Vemos allí en Dios lo que Él puede conferir sobre la criatura, y también está allí lo que es incomunicable. Aquí la gloria Divina es significada en contraste con la gloria de la criatura —no eso que podría derogar Su majestad, sino un reflejo de ella. Su luz era como piedra de jaspe; el muro también era de jaspe (v.18), y el primer fundamento (v.19)¹. La apariencia general de la ciudad era como de jaspe. Esto responde, pienso, a lo que tenemos en Apoc.4 de lo que Juan vio de Aquel sentado sobre el trono. En Rom.5:2 se dice, no sólo que tenemos acceso a la gracia de Dios en la cual estamos, sino que también nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. Esa gloria de Aquel que estaba sentado sobre el trono, en la medida que puede ser vista por la criatura, fue presentada bajo la figura de jaspe o sardio (v.3); y cuando la iglesia aparece en la gloria de Dios, su luz era como el jaspe. Es decir, que la idea de la gloria de Dios, no la del hombre, es la cosa comunicada al pensamiento. Aun en el “día eterno”, no habrá tal cambio como Dios abandonando o rebajando la dignidad de Su propia Deidad; porque siempre debe haber una infinita diferencia entre Dios y la más exaltada de sus criaturas. Aun así, hay un parecido entre la gloria de Dios vista por el hombre, y la gloria de la iglesia. Y esto responde exactamente a las palabras de nuestro Señor en el evangelio de Juan (Jn.17:22-

¹ La aplicación del jaspe, en el relato de la ciudad celestial, parece decisivamente poner a un lado la noción que el color de esta piedra fue designado para comunicar algo en la apariencia muy terrible como glorioso. Está absolutamente fuera de cuestión atribuir tal característica a la Nueva Jerusalén, de quien la figura es usada aún más enfáticamente. No puedo sino pensar, por tanto, que debemos buscar un significado en acuerdo con ambos, y que la idea de gloria y esplendor conviene y satisface mejor todos los requerimientos.

Más insostenible aun es la vista que sostiene que el jaspe muestra la encarnación. Me parece que esto no concuerda con ninguna ocurrencia de la figura; esto mostraría a Apoc.4 en completa variación con Apoc.5, y envolvería, temo, seria aberración de la sana doctrina, si esto se transportase a Apoc.21.

23): *“La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. 17:23 Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado”*.

Pero, además de la apariencia de la gloria Divina, había un arcoíris alrededor del trono. Esto evidentemente lleva nuestros pensamientos atrás al pacto que Dios hizo, no con su pueblo Israel, sino con la tierra. El pacto con su pueblo es observado por primera vez en Apoc.11, donde tenemos el cielo abierto y el arca de su testamento vista en Su templo. Éste no es en sí mismo el nuevo pacto; porque cuando éste sea introducido no habrá terremotos, relámpagos, ni truenos, etc., sino que entonces será el día de paz y bendición para Israel. Pero el tiempo al cual se refiere la visión, Dios muestra que Él tiene respeto por Su pacto. Aquí el arco iris es el recuerdo de Dios de Su pacto con la tierra. El arca mencionada en Apoc.11 es el recuerdo de Su pacto con su pueblo. Dios está a punto de derramar juicios sobre la tierra y sobre aquellos que han tenido la responsabilidad de ser su pueblo. Pero Él se esfuerza por mostrar que, antes de que un sólo juicio caiga, hay misericordia reservada. Antes de que Él toque la creación, allí está la señal de Su pacto con la tierra, justo como cuando Él es forzado a derramar plagas sobre su pueblo Israel, se ve el arca de Su pacto. El arco iris fue el testimonio de que Dios no había abandonado Su antigua palabra: Él no podía olvidar esto. El arco iris es la señal de misericordia. Éste se extiende en los cielos y toca la tierra y el mar, pero visto alrededor del trono en el cielo. Éste no es su usual lugar; pero fue confortante para Juan ver, en medio de toda esa brillante gloria, como Dios deseaba llenar el corazón con confianza. Él tenía no solamente la visión de lo que estaba viniendo sobre la tierra, sino en el círculo de la manifestación divina y poder, el arco iris es visto arriba. Si Dios nos muestra Su propia gloria al mismo tiempo, el arco iris nos dice que Dios es verdadero —que Él ha propósito había puesto al hombre en el pensamiento de Su compromiso, dado después del gran juicio del diluvio, y ahora más bien lo ponía en este peculiar lugar, donde el arco iris jamás se había visto antes, en vista a dar seguridad a nuestros corazones. Pero, aunque peculiar, ¿qué podría ser más adecuado? Porque este trono, es el trono del Dios Todopoderoso, del Creador y Supremo Señor de todas las cosas.

Quizás es innecesario notar que tales cosas no sucederán literalmente; pero la visión fue una señal panorámica, poniendo todo ante los ojos del profeta —una forma muy vívida y admirable de comunicar lo que Dios pensaba enseñar. Cuando las personas son una vez completamente fundamentadas en Su gracia, nada es más importante que estudiar este libro. Pero puede ser dañino para las almas que no han sido establecidas absorberse con el estudio de Apocalipsis.

Primero, entonces, tenemos el trono de Uno que es el centro y fuente de toda acción, la gloria y majestad de Dios es mostrada por el símbolo del jaspe y el sardio; y después tenemos el arco iris, el familiar emblema de la fidelidad de Dios

hacia la creación. El arco iris era una forma particular, “*en apariencia semejante a la esmeralda*” (v.3). Dificilmente podríamos tener colores más opuestos que estos, representaban la majestad Divina, y la esmeralda es muy refrescante a la vista. El Espíritu Santo nos presenta una vívida impresión por medio de estos simples símbolos. Porque este libro no fue escrito para grandes estudiosos; sino para santos en sufrimiento. Aun hombres del mundo han notado, que el Apocalipsis fue especialmente el libro buscado por los cristianos perseguidos; y tan cierto es eso que, mientras aquellos que hacen de éste un campo para la investigación y especulación humana se equivocan aquí y en otras partes, una idea general y aun brillante se presenta al pensamiento de un creyente no letrado, que mira a Dios y desea la gloria de Su Hijo.

El primer pensamiento que se le sugiere a uno por el capítulo es, que el único lugar verdadero desde el cual observar las cosas que sucederán después de las siete iglesias, es el cielo. No es sobre la tierra que podemos ver justamente estos eventos. Es desde arriba que debemos aprender y mirar; si tenemos una mente terrenal, nunca los comprenderemos, si estoy solamente sobre el nivel de la escena sobre la cual los juicios han de pasar, me esforzaré a hacer lo mejor de las cosas presentes, y de poner lo más lejos posible estos juicios; no estoy entrando por la puerta abierta en el cielo. **Una posición celestial debe ser tomada como fundamento, y el único fundamento, sobre el cual estas visiones pueden ser justamente estimadas.**

El principal objeto visto es Dios y Su trono —Su poder gobernando en providencia. El trono no está conectado con el sacerdocio, sino con el poder desde donde procede el juicio Divino. Dios quiere establecer las almas en el pensamiento de que Él gobierna, aun en medio de toda la maldad que ha de desarrollarse en el tiempo de las bestias, o apostasía final. La visión del trono de Uno que no necesita ser nombrado, pero quien permite a Su gloria ser vista en la medida que esto puede ser posible por la criatura. Después, en el v.4, el profeta ve que, alrededor del trono central de Dios, hay otros tronos. La razón por la cual la palabra “tronos” es preferible a “asientos” es, que ésta es una parte esencial de la visión, mostrar que las personas sentadas allí poseen una dignidad real. La misma palabra significa un trono o asiento, y la elección es sólo determinada por la conexión en la cual se encuentra la palabra. No diríamos de una persona de vida humilde que está sentada sobre un trono, tampoco de un soberano cuando se encuentra en sus deberes de estado, que se sienta sobre un asiento.

Alrededor del trono de Dios entonces, en la escena de tal gloria que el hombre quizás nunca ha visto antes, había otros tronos con ancianos sentados sobre ellos —es decir, aquellos dotados con sabiduría de lo alto, que entraban en los pensamientos y consejos de Dios. Ellos estaban vestidos con vestiduras blancas, respondiendo a su posición sacerdotal, como lo hacen sus coronas a su dignidad real. Ellos son claramente santos en casa en el cielo, en gloria, alrededor del gran trono central antes que los juicios del mundo comiencen, el número de

estos es 24, correspondiendo con los 24 grupos del sacerdocio en Israel. Cuando el heraldo del Señor nació, su padre Zacarías era un profeta del grupo de Abías. En 1ª Crón.24 observamos estas divisiones, y encontramos que la octava era la referida aquí. El sacerdocio estaba dividido en estos grupos en vista a que cada uno en sucesión pudiesen realizar la obra del sacerdocio, cada grupo tenía su principal cabeza. El Sumo Sacerdote no es nombrado aquí: todos sabemos quién es Él; pero tenemos a los 24 grupos respondiendo a estos 24 grupos del sacerdocio, o más bien a los principales que los representaban (v.4).

Pero aquí se levanta una interesante pregunta: si estos ancianos coronados y entronizados representan a los santos celestiales, como pocos lo negarán, ¿cuán y a qué condición se aplica la visión? ¿Habla ésta (1) de aquellos que han partido para estar con Cristo? o ¿Prefigura esto (2) el manifestado reino de Cristo y Sus santos durante el milenio? Ahora, parece cierto que ambas preguntas deben ser respondidas en negativo, y que el tiempo de Apoc.4, y por tanto el intervalo durante el cual los ancianos están de este modo ocupados en lo alto, es después que el estado intermedio de los que han partido ha pasado, en lo que a ellos concierne, y antes que el reino milenal comience.

Porque en el punto (1) es obvio que el símbolo de 24 ancianos implica la suma de las cabezas del sacerdocio celestial —no una parte, aunque, amplia, sino el todo. Había justo tantos grupos, y no más. En la visión estos están completos; y en la realidad, que esto simboliza, esto nunca puede ser el caso, mientras los santos están ausentes del cuerpo y de este modo presentes con el Señor. Durante ese estado de cosas siempre habrá miembros de la iglesia sobre la tierra. Porque “no todos dormiremos”. Y cuando, al retorno del Señor, los muertos en Cristo resucitarán primero, “*y los que vivimos y quedaremos seremos tomados juntamente con ellos, para encontrar al Señor en los aires; y así estaremos siempre con el Señor*”. Es decir, que el símbolo comprendido e interpretado justamente requiere que todos los miembros de Cristo estén juntos y en la misma condición; y como esto nunca será verdadero de los espíritus separados, necesariamente esto quiere decir que la visión será sólo realizada cuando “*todos seamos transformados*” y estemos con el Señor.

Pero el punto (2) es claro, que lo que sea que pueda ser presentado anticipativamente en el cántico de los ancianos, o de otros que han sido tomados arriba, las acciones de los ancianos, y toda la escena celestial, en que ellos tienen una parte prominente desde Apoc.4 al 19, suponen que el reinar sobre la tierra no ha llegado aún como un hecho literal hasta que Cristo y Sus santos hayan dejado el cielo para juicio de Sus enemigos. Pero el pleno complemento de los ancianos se ha realizado un considerable tiempo antes: nadie puede negar que ellos están en el cielo antes y durante los sellos, trompetas y copas. La inferencia es clara. Los santos representados por ellos deben como un todo estar en el cielo antes que estos juicios comiencen a ser cumplidos. El milenio no llega sino hasta Apoc.20; los ancianos, representando a los santos glorificados, están con el Señor

en sus cuerpos glorificados, antes de esto. Cuando Él viene desde el cielo para destrucción de la bestia, ellos le siguen, y con Él subsecuentemente reinan por mil años. Otros, sin duda, serán unidos a ellos en ese reino: estos no estarán en sus cuerpos glorificados hasta Apoc.20, habiendo sufrido bajo la bestia después del arrebatamiento de la iglesia, etc. Pero Apoc.4 indica, que el rapto entonces ya habrá tenido lugar, y que los santos tomados arriba son vistos como un sacerdocio real, interesado, como teniendo la mente de Cristo, en las pruebas, sufrimientos, testimonio, y esperanzas de aquellos que los han sucedido, como testigos para Dios, durante la hora de tentación que entonces vendrá sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.

Para los santos en lo alto aún no es el tiempo para las bodas del Cordero; y por tanto, como también por otras razones, ellos son aquí considerados, no como el cuerpo o la novia, sino como reyes y sacerdotes adorando y esperando aún por su manifestación en gloria cuando ellos juzgarán al mundo.

Existe una solemne conexión con esto en Ezequiel, donde tenemos a 25 hombres nombrados (Ezeq.8:16); y a mi juicio parece que ellos son todos los cabezas del sacerdocio —los 24 jefes y el sumo sacerdote, pero ¿Dónde están ellos ahí? ¡Ay! Ellos son los promotores de la idolatría y maldad perpetrada en el templo de Jehová. Estos no eran aquellos cuyos vestidos se dice que habían sido limpiados por la sangre, sino los corruptores del santo estándar de Dios y los contaminadores de Israel, guiándolos a la apostasía; de manera que, si el juicio debe ser infligido, éste debe comenzar por la casa de Dios. Hay un tácito contraste entre la escena aquí descrita y esa de Ezequiel. Allí tenemos primero a los seres vivientes, el símbolo de los ejecutivos juicios de Dios —de Su poder judicial subyugando el mal. El resultado terrenal de la acción de estos seres vivientes, como se ve en Ezequiel, puede ser la destrucción de Jerusalén; pero esto era sólo lo que el hombre veía.

El querubín y los seres vivientes son de la misma sustancia; ellos deben ser cuidadosamente distinguidos de las bestias, de las cuales leemos después. La primera mención del querubín la tenemos en la primera parte de Génesis (Gén.3). Cuando el pecado entró en el mundo, inmediatamente los encontramos: ellos eran los seres a quienes la obra de juicio fue confiada. *“Él puso en el huerto querubines y una espada encendida, para guardar el camino al árbol de la vida”*. El emblema de su poder era la espada encendida. Nuevamente, si observamos el segundo libro de Moisés encontramos a los querubines en una nueva y bendita forma. ¿Dónde están mirando ellos? Dentro, si hubiesen estado mirando fuera, habrían visto pecadores; y hubiesen mirado debajo, es decir, dentro del arca, ellos habrían visto la ley; pero ellos estaban mirando sobre el propiciatorio, donde la sangre de expiación era rociada. Allí estaba la sangre que habla de la perfecta misericordia de Dios que ha enfrentado y triunfado sobre el pecado; y allí estaba el poder de Dios —combinados en preservar la gloria de Dios, y en realidad por el hombre en lugar de contra él.

Si examinamos este nuevamente en el tiempo de Salomón, encontramos una notable diferencia. La posición del querubín cambia completamente, porque en lugar de mirar hacia adentro, ellos están mirando hacia afuera, porque el día de Salomón tipifica el tiempo de gloria, cuando el verdadero Hombre y príncipe de paz gobernará. Y ¿por qué ellos no mirarían fuera entonces? El pecado habrá sido juzgado, y en lugar de la bondad cayendo como gotas aquí y allí, el Rey aparecerá como lluvia sobre la hierba seca; como lluvia que riega la tierra, y ésta será llena con Su gloria —la justa respuesta a la gloria del Hijo de David. Cuando la misericordia tendrá su pleno camino, y el juicio haya sido ejecutado, no habrá nada para estorbar que el querubín proclame la bondad de Jehová.

Pero en Ezequiel vino la terrible crisis. El propiciatorio había sido despreciado, y la gloria de Salomón se había marchitado. Israel estaba pecando altivamente y ahora el mismo templo era el lugar donde el más grande deshonor era hecho contra Dios, y allí nuevamente el querubín pregunta, ¿puede Dios tener algo con un mal pueblo? El juicio debe seguir su curso. De acuerdo con esto ellos dejan Israel, aunque llevando juicio sobre la tierra. Ellos son sólo vistos otra vez como dando la señal de juicio, y poniéndolo en ejecución por la mano de Nabucodonosor.

Tenemos la misma cosa en Apocalipsis, con esta diferencia, que en Ezequiel los seres vivientes son vistos más en conexión con la tierra; y esta puede ser la razón por la cual allí se habla de ruedas como también de alas. En Apocalipsis, el pueblo terrenal es abandonado por un tiempo, y un pueblo celestial es llamado, ellos son simplemente vistos con las alas convenientes para el cielo, y no con las ruedas adecuadas para la tierra. De esta omisión se ve fácilmente que, si Dios está yendo a hablar de juicio, la misma forma de los ejecutores del juicio nos habla de una interrupción celestial que ha sido introducida, antes que la historia del mundo sea reanudada. ¿No es entonces de inmensa importancia, si hemos de ver las cosas justamente, tener un firme fundamento sobre el cual estaba el apóstol —al entrar por la puerta abierta en el cielo?

Pero, además de esto, *“del trono salían relámpagos, voces, y truenos”* (v.5). Evidentemente éste no es el trono al cual nos acercamos nosotros ahora; porque nuestro trono es de gracia, y éste es enfáticamente de juicio. Su aspecto es descrito aquí como no teniendo nada que hacer con la gracia. Después del trono sale un río claro como cristal, como en la vista del trono mencionado en Apoc.22; pero aquí *“relámpagos, voces, y truenos”* etc., son expresivos de los terrores de Dios. Aun la semejanza simbólica dada aquí del Espíritu de Dios está en acuerdo con esto, *“había allí siete lámparas (o antorchas) de fuego ardiendo delante del trono, que son los siete Espíritus de Dios”*. El Espíritu Santo no toma el símbolo de las lámparas de fuego cuando se muestra la gracia de Dios hacia la iglesia. Sin duda que en el día de pentecostés tenemos lenguas de fuego, como un hermoso emblema de lo que Dios estaba a punto de hacer; porque era fuerza divina la que dio a estos iletrados hombres hablar en otras lenguas. Sobre el

Señor Jesús el Espíritu descendió en forma de paloma; pero ésta fue una cosa completamente diferente de lo que tenemos en Apocalipsis. Aquí lo vemos como el consumidor poder del Espíritu de Dios. El fuego es el bien conocido emblema de la escrutadora santidad de Dios. El Espíritu Santo en plena perfección como luz y fuego ardiendo sobre el mal, es la representación que el Espíritu presenta de Su propia relación en esta época. Es claro que la referencia no es al reino milenial, porque entonces del trono debe proceder un río claro como el cristal; aún menos tal símbolo puede aplicarse a Su acción en el cuerpo de Cristo durante el tiempo actual. Tampoco el trono actual es uno del cual están saliendo relámpagos y truenos.

¿A qué período entonces se refiere esto? A un breve espacio entre los dos, cuando Dios haya terminado Su obra actual con la iglesia y antes de que comience la gloria milenial. El presente es el tiempo cuando Dios está reuniendo a Sus herederos, y coherederos juntamente con Cristo, y formando la esposa; y ahora hay un trono de gracia donde podemos recibir y encontrar gracia y socorro en el momento oportuno. Aquí, Sus juicios salen del trono, y el Espíritu Santo es el Espíritu de juicio, como el trono es judicial y la fuente de terrores para la tierra. De este modo entonces ésta no es la era pacífica de la gloria milenial tampoco el actual período de gracia ilimitada, sino un tiempo entre estos dos períodos. Es imposible que una persona tenga una luz justa sobre este libro si no ve que el Apocalipsis llena el intervalo después que el Señor ha tomado a la iglesia, y antes de que Él salga del cielo y la iglesia juntamente con Él (Apoc.19). Hablo, por supuesto, de las visiones proféticas que llenan el cuerpo del libro, y no de los tres primeros capítulos introductorios, tampoco al final, cuando el Señor está a punto de aparecer. Allí toda la escena es cambiada; los cielos son abiertos para enviar al Señor Jesús, con el propósito de dar el último golpe de juicio a la iniquidad del hombre y el poder de Satanás, y cuando tenemos el pleno fluir de la bendición lejos y ampliamente. Aquí tenemos el tiempo que precede a esto — un intervalo de un carácter muy solemne para el mundo, cuando los santos celestiales habrán sido tomados arriba.

“Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal” (v.6). Éste no es un mar de agua, donde las personas podrían bañarse, sino un mar de cristal. El Espíritu Santo usa el lavado de agua ahora por la palabra para el propósito de purificar de las manchas. Allí no había más necesidad para estos que estaban ante el trono. En Apoc.15 otra clase es mencionada sobre un mar de cristal, mostrando que no se trata allí de una cuestión del poder del Espíritu al tratar con lo que es contrario a Dios, sino de la victoria obtenida. Del mismo modo aquí toda cuestión de prueba de los santos celestiales ha pasado. La escena donde ellos han sido probados está ahora cerrada (Apoc.4), y ellos ahora están sentados alrededor del propio trono de Dios.

Aquí también hay cuatro seres vivientes, llenos de ojos delante y detrás, que son el símbolo de discernimiento; porque, aunque es juicio lo que ellos tienen

que ejecutar, no es, no necesitamos casi decirlo, juicio ininteligible. *“El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando”* (v.7). Los variados símbolos tomados de las cabezas de la creación de Dios aquí abajo, y representan cualidades diferentes de juicio: el león como la cabeza de las bestias salvajes, el buey o becerro, cabeza del ganado, el hombre de los seres inteligentes, y el águila de las aves. El león comunica la idea de fortaleza o poder majestuoso, el buey, paciencia, el hombre, inteligencia, y el águila, rapidez. Dios nos muestra la fortaleza, paciencia, inteligencia, y rapidez con que los juicios han de ser ejecutados. Los cuatro seres vivientes, tenían cada uno seis alas, denotando rapidez sobrenatural, y los ojos dentro muestran intrínseco discernimiento (v.8). Algunos han supuesto, principalmente a causa de la cercanía de los seres vivientes al trono supremo, que ellos, antes que los ancianos, deben representar a la iglesia²; pero ésta es completamente una mala interpretación. La razón, como parece, por la cual los seres vivientes están de este modo tan cerca, es porque ellos son los agentes ejecutivos judiciales, y los juicios providenciales están entonces en progreso. Ellos caracterizan la acción del trono.

“Y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.” Esta es una notable palabra. Esta no es ocupación con el mal; pero cuando Dios nos muestra los medios o agencias por medio de las cuales Él ejecuta el juicio, tenemos un incesante clamor con relación a Él, “Santo, santo, santo”.

Una de las más importantes características de esta escena para el alma es que los ancianos simbolizan a los santos celestiales en gloria, los cabezas del sacerdocio celestial encuentran su bendito empleo arriba. Pero observe que cuando ellos son vistos allí primero ellos son vistos perfectamente familiarizados con la escena: no hay prisa ni ansiedad. Ellos están en perfecta paz sobre los tronos. No hay temblor aun en la presencia de Dios. Relámpagos y truenos y juicios pueden salir de Su trono, pero aun así ellos están en completa paz sobre sus tronos: pero cuando los seres vivientes dan gloria y honor y acción de gracias a Aquel que está sentado sobre el trono, los 24 ancianos se postran, etc. Directo honor es dado por los ejecutores del juicio a Aquel que se sienta sobre el trono, y

² Todos admiten que los querubines son los invariables asistentes del trono de Dios, y que ellos son, por tanto, cuando están en el lugar santo, hechos de la misma pieza de oro que el arca —sobre la cual se sentaba Jehová. Pero, se argumenta que, aunque en las instancias del Testamento ellos eran angélicos, porque la ley había sido ordenada por ángeles (Gál.3:17), ellos podrían venir a ser humanos en el Apocalipsis, porque el mundo venidero debe ser sujetado al hombre (Heb.2:5). De esta manera el querubín y los ancianos representarían a los santos en un doble aspecto, activo y contemplativo. Y ciertamente es un hecho notable, como otro ha notado, que antes que el Cordero aparezca y tome el libro, que no se mencionan ángeles como alabando, y los querubines o seres vivientes sólo expresan o celebran el santo carácter de Dios, pero no están asociados con la adoración inteligente, y los ángeles son claramente distinguidos. Pero más puede decirse de esto cuando tratemos Apoc.5.

los ancianos adoran. ¡Qué satisfacción en Dios —qué certeza de que se ha puesto un fin al pecado— muestra esto! Él ciertamente está yendo a juzgar, pero no juzgará a aquellos que han sido hechos Su justicia en Cristo. Ellos están en simpatía con Él; y cuando los seres vivientes se dirigen a Dios y le atribuyen gloria y honor y gracias, es entonces que ellos se levantan de sus tronos y se postran ante Él. Más que eso, en su homenaje ellos arrojan sus coronas ante el trono, diciendo, “*Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y por Tu voluntad existen y fueron creadas*”. Ellos entran en Su dignidad personal en una forma que los seres vivientes no entran, y con mayor inteligencia espiritual. Ellos son ancianos; comprenden aquí la gloria creacional y providencial de Dios, justo como en Apoc.5 vemos que ellos entran en la dignidad y obra del Cordero. “Porque Tú creaste todas las cosas;” etc. No es, “son creadas y fueron creadas;” sino por Su voluntad, o placer, éstas están en existencia, como ellas fueron originadas al principio (v.10-11). De este modo su alabanza abarca los dos grandes pensamientos en el capítulo —la gloria de la creación y la gloria gubernamental de Dios. “Ellos fueron” (o existen ahora bajo el cuidado y el gobierno de Dios), “y fueron creadas” (o a Él éstas deben su origen).

No es solamente que sentiremos lo que Dios nos ha revelado; sino que Él desea que entremos ahora en lo que tendremos entonces. Esta gloria nos es dada ya. Ciertamente que no tendremos tal lugar entonces, si no hemos entrado en su título ahora sobre la tierra. Esto es nuestro por fe, aunque entonces tendremos esto en su plenitud. ¿Qué capacita a los ancianos a estar calmos en medio del juicio? Lo que ha sido hecho por ellos a través de la cruz de Jesús. Pero Dios ha hecho esto ahora. En Cristo fue realizada una obra perfecta sobre la tierra como no podría haberse hecho en el cielo. Él no hará otra o una mejor allí, aunque ésta pueda gozarse más arriba. Pero Dios ha revelado esta escena a los Suyos para que ellos puedan entrar en ella inteligentemente, y puedan ser adoradores de acuerdo con su espíritu, aun sobre la tierra, viendo la gloria que será suya en los cielos. Adoración es una cosa más seria que lo que se supone por muchos. **Cualquier cosa que no conviene a la presencia de Dios en el cielo es inadecuada para la presencia de Dios sobre la tierra. Aun en las cosas exteriores Él mira porque nuestros corazones sean ejercitados.** Es una mala señal cuando los hijos de Dios se permiten a sí mismos alguna cosa que es inconsistente con Su presencia. Somos responsables porque la adoración a Dios sea conducida en una manera digna de Él —en solemnidad, pero en libertad. Debiésemos ser cuidadosos de no distraer a otros, sino más bien ayudar a los otros a gozar de Él mejor.

¡Conceda el Señor que, andando en santa libertad, y recordando que no es el orden de la carne o de las formas la que tenemos que mantener, podamos ser preservados de pensar que Su orden es menos reverente que el del hombre! ¡Pueda Él otorgarnos buscar lo que conviene a la presencia de Aquel a quien hemos venido a exaltar!

¡Él nos ha dado el lugar de adoradores: podamos adorarlo en espíritu y en verdad! Una mejor relación o empleo Dios mismo no podía dar ni siquiera en el cielo.

W. KELLY